

# Seducción y destrucción: política de guerra en *Las teorías salvajes* de Pola Oloixarac

Seduction and Destruction: War Politics in *Las teorías salvajes* of Pola Oloixarac

**Soledad Sánchez Flores (Universidad de Granada)**

## RESUMEN

Una propuesta de análisis textual en la que *identidad* y *espacio* se tornan elementos principales de una política de guerra basada en la seducción y la destrucción entre dominados y dominadores: “Toda guerra es la narración de la seducción y la seducción es la naturaleza de la guerra” (Oloixarac: 120). Un análisis sustentado en la propuesta crítica de Elsa Drucaroff sobre una nueva literatura argentina afectada por traumas provenientes de la dictadura, que posiciona a *Las teorías salvajes* de Pola Oloixarac como paradigma de esa nueva novela argentina.

**Palabras clave:** *Las teorías salvajes*, nueva novela argentina, espacio, identidad.

## ABSTRACT

A textual analysis proposal in which *identity* and *space* turn into the main war policy elements based on seduction and destruction between dominated and dominating: “all war is the storytelling of seduction and seduction is the nature of war” (Oloixarac: 120). A critical analysis supported by Elsa Drucaroff proposal about a new Argentinian literature affected by trauma caused by the dictatoship, wich positions *Wild Theories* of Pola Oloixarac as a paradigm of this new Argentinian novel.

**Keywords:** Wild Theories, new Argentinian novel, space, identity.

*Quería armar un laberinto de teorías, donde cada lector pueda generar su propia teoría de la conexión entre las teorías y de lo que venían a significar los personajes... crear el espacio para la hipersignificación, como si esa fuera una manera de hacer novela contemporánea, donde puedes pasar de introducción, nudo y desenlace, y asimismo establecer con un juego la conciencia, como que la ficción retroalimenta la ficción, autogestiva, autoconsciente, englobando todo lo que está fuera (Culturamás, 03/2010).*

Con la presente propuesta teórica pretendemos acercarnos a la primera novela de la joven porteña Pola Oloixarac mediante un análisis de “hipersignificaciones” que pueda prestar una mayor ordenación a esas teorías-argumento que hacen de la novela un laberinto, en el que, como veremos más adelante, la *identidad* y el *espacio* se convierten en dos aspectos fundamentales.

La novela está compuesta por varios hilos argumentativos que, aunque puedan parecer muy distantes en el tiempo y en el espacio, quedan hilvanados unos con otros mediante la formulación de una teoría propuesta por el científico holandés Johan Van Vliet y secundada y completada años más tarde por Augusto García Roxler, la teoría de las Transmisiones Yoicas. ¿En qué consiste esta teoría? ¿Cómo hila cada uno de los argumentos? ¿Cuál es su objetivo? ¿Qué tiene en común la historia de cuatro adolescentes puberales que intentan hackear Google Earth para deconstruir el mapa de Buenos Aires con la descripción antropológica de los rituales de paso de ciertas tribus aborígenes? ¿o la narración de algunos episodios del diario adolescente de una militante de Mao en la argentina de los 60 con el asesinato de un escritor de izquierdas por parte de una narcisista estudiante de la UBA obsesionada con demostrar su superioridad intelectual?

La clave de estas preguntas podemos encontrarlas en la figura de Rosa Ostreech, personaje presente en todos los argumentos, a veces mediante la narración de algunos pasajes autobiográficos y otras veces, como se hace presente durante la mayor parte de la trama, mediante la narración del o lo *otro*. Podemos decir que Rosa Ostreech es la protagonista principal de la novela y, por tanto, en la que podemos hallar el sentido de muchos interrogantes. Esta es una estudiante de Filosofía de la UBA que se obsesiona con la Teoría de las Transmisiones Yoicas, teoría iniciada por un científico holandés a principios del siglo XX mediante una serie de trabajos de campo con tribus primitivas de “lugares inhóspitos” en los que pretendía observar y analizar los rituales de paso que los niños de estas tribus llevaban a cabo para pasar a ser considerados adultos. Posteriormente, es culminada por un profesor de la UBA en torno a los años 60-70, Augusto García Roxler. Rosa Ostreech, en su empeño por demostrar que la teoría está inacabada y que las conclusiones de su profesor son erróneas, se fija como objetivo demostrar su superioridad intelectual mediante su propia definición final de la teoría de las *Transmisiones Yoicas*. Podemos suponer en un momento determinado que el presente libro, *Las teorías salvajes*, es la publicación de todos los datos que la estudiante ha ido analizando para

llevarla a la práctica, y que es el resultado desordenado de la impresión de la carpeta “mis documentos” de su ordenador. O, de otro modo, podemos pensar que la desorganización argumental de la novela obedece al capricho de la autora —ficcional y real— de presentar un amasijo de teorías, elucubraciones y anécdotas de varios personajes sin ninguna ordenación espacial y cronológica.

Tengo la tentación de imprimirle la carpeta entera de “mis documentos”, mi compendio de observaciones desde el comienzo de mis lecturas adultas, la totalidad de mis intuiciones antropológicas, esbozos de las teorías nuevas sobre las que estoy trabajando, mi sociológica historia de la perversidad. Pero no. Mejor recapitular. Ordenar, enlazar, componer, volver a enumerar (275).

De entre este amasijo del que hablábamos caben distinguir dos principales teorías, que van a ir construyéndose como rompecabezas con cada uno de los hilos argumentativos.

Por un lado, asistimos a la narración sobre Van Vliet y a sus notas sobre su investigación con aborígenes, que lo lleva a la teoría del miedo como origen primigenio de la guerra y la seducción como pacto de supervivencia del hombre. Van Vliet lo argumenta con el temor de los primeros homínidos de ser devorados por la bestia (tigre, lobo, rapaz), un miedo que será canalizado en el constante intento de la presa por convertirse en predador y subyugar al antiguo enemigo. Para ello, los hombres han llevado a cabo pactos de seducción con la bestia: lobas concubinas de hombres, hombres concebidos por tigresas, dragones esposos de doncellas, etc., así hasta conseguir la constitución del hombre como animal opresor.

Por otro lado, y en relación a esta primera especulación, Van Vliet habla de la historia como sintaxis del espacio: el habla no es más que “un capítulo de la masticación de la carne” y “las guerras primordiales entre presas y predadores son la sustancia que invade los espacios-memoria del pensamiento” (174); más adelante añade: “antes de madurar nombres para lo visible, el humano de las hordas debe pactar con el animal” (176). Una vez que han pactado, es el momento de (de)construir semióticamente la historia.

En este sentido, estamos de acuerdo con las palabras de Erika Martínez cuando afirma que la novela propone con la teoría de las Transmisiones Yoicas “una refutación de Freud (el trauma primordial de los seres humanos no es el de ser asesinos, sino el de haber sido presas) y del materialismo histórico (frente a la historia como lucha de clases, la novela expone su teoría de la historia como sintaxis del espacio)” (Gallego Cuiñas: 67). Y para demostrarla de manera práctica, Rosa Ostreech narra los diversos hilos argumentativos que componen su tesis y a la vez novela, *Las teorías salvajes*.

## **Seducción y destrucción**

Para demostrar la primera de ellas, parte de una sentencia de Su Tzun: “All war is based in deception”. Y la desarrolla silogísticamente:

Definition of deception: the practice of deliberately making somebody believe things that are not true. An act, a trick or device intended to deceive somebody.

Thus, all war is based in metaphor.

All war necessarily perfects itself in poetry.

Poetry (since indefinable) is the sense of seduction.

Therefore, all war is the storytelling of seduction

And seduction is the nature of war (120).

Por un lado, Ostreech nos narra su autobiografía a modo de justificación por el acto que va a perpetrar: su relación de odio y admiración hacia la figura de su profesor, Augusto García Roxler, y su necesidad de superarlo intelectualmente con la demostración de que su teorización sobre la teoría de las Transmisiones Yoicas está incompleta, elige a una víctima para culminar la teoría. Collazo, un escritor de izquierdas al que se propone atraer físicamente como arma para llevar a cabo una guerra de la seducción y la destrucción, en la que la sintaxis ocupa un lugar fundamental: “Debo provocarlo para que la furia y la fascinación lo dejen absolutamente ciego, y no pueda pensar. Entonces mis pensamientos se derramarán por los huecos sintácticos de lo que supone que es su voluntad, y no habrá salvación” (136), y más adelante añade: “La jerarquía de los pensamientos impone la jerarquía en el orden de las cosas. La seducción de la sintaxis, en aquellos que observan con pompa y recato sus reglas, acumula poder a partir de las subordinaciones en torno a quién se organizan los verbos” (143). La anécdota pone fin con el supuesto asesinato del escritor por parte de la propia estudiante. Es mediante la jerarquía de sus pensamientos que ha logrado jerarquizar el lugar de Collazo, del que se llega a preguntar en algún momento si puede ser considerado realmente un hombre; Ostreech lo pone al nivel de una bestia a la que tiene que seducir para acabar destruyendo, y esa guerra de la destrucción la consigue mediante la seducción basada en las significaciones que su cuerpo adquiere como arma de atracción.

Por otro lado, se narran las anécdotas protagonizadas por Pabst y Kamtchowsky, dos nerds adolescentes situados en una posición de subyugación dentro de una sociedad adolescente regida por el culto al cuerpo y, en definitiva, a la belleza. Ambos recorren una serie de ritos de paso que podrían ser considerados una versión moderna de los ritos tribales aborígenes basados en el miedo como motor opresivo. Donde más claramente vemos esto es en la analogía entre dos escenas: una descrita por Rosa Ostreech en la que Pabst se masturba y vomita tras imaginarse la cara de Althusser, y otra tomada de las anotaciones de Van Vliet en la que en la tribu del culto al tigre los guerreros convocan a los adolescentes junto a un río, lugar donde se masturban, vomitan y practican el sangrado de nariz.

La masturbación, además de un rito de paso, es junto al conocimiento tecnológico la mayor arma que Pabst utiliza para defenderse de la opresión dominante. Él no busca ser aceptado y pasar a formar parte del grupo opresor, porque él ya se considera intelectualmente opresor, superior a los demás: “Pabst defendía su independencia potencial a los dictados del deber ser y deber buscar; acostarse con una persona hermosa era un lujo que él podía dignarse a rechazar” (77). La mayor prueba de ello es que Pabst nunca deja de masturbarse, a pesar de que Kamtchowsky lleve a cabo un pacto onano-tecnológico con dos líderes enemigos: dos adolescentes guapos, Mara y Andy, pactan con ellos aceptación sexual a cambio de conocimiento tecnológico. La presa y el predador inician un pacto de supervivencia que Pabst se resiste a cumplir; se niega a compartir su cuerpo sexualmente, pero es empujado a un pacto indirecto por esa conexión que comparte con Kamtchowsky y que es generada por esa inteligencia colectiva que desarrollan muchas presas —cebras, ñus, antílopes— para dificultar la caza del predador y que los conduce a la concesión del grupo como unidad vital:

[...] Condon conjeturó que las conductas de grupo basan su funcionamiento en el contagio de empatía sincrónica. Según su teoría, las cosas que motivan la acción de las personas dependen menos de supuestas motivaciones intelectuales que de sistemas de contagios que podrían perfectamente prescindir del lenguaje (97).

Podemos cerrar, por tanto, la comprobación de la primera teoría con la anécdota de Ostreech y Collazo y con la de los cuatro adolescentes. Mientras que la historia de la narradora con el escritor es una reproducción completa de la teoría forzada artificialmente por la propia Ostreech -desde la intención de generar una guerra, la planificación del arma mediante la seducción corporal y la destrucción del enemigo-, el argumento de Pabst y Kamtchowsky se desarrolla de manera inocente —en el sentido de que estos adolescentes no son conscientes de que sus actos son muestra de la funcionalidad de una teoría antropológica— y pausada: mientras que en la primera parte de la novela se lleva a cabo el pacto con el enemigo -Mara y Andy- mediante una serie de ritos de paso que los llevan a pertenecer a la misma jerarquía social, en la última parte de la novela asistimos a la ejecución de una revolución basada en el hackeo del Google Earth, con cuyo triunfo pone fin tanto la comprobación de la teoría de las Transmisiones Yoicas y como la misma novela.

### **Historia como sintaxis del espacio**

A lo largo la novela encontramos constantes referencias a esta concepción histórica del mundo, pero donde se desarrolla teóricamente de manera más completa es al comenzar la segunda parte de la novela, tras haber

finalizado el experimento con Collazo y tras el pacto onano-tecnológico entre los cuatro adolescentes:

En su teoría, todo el mundo en derredor es un teatro de guerra invisible habitado por actores visibles. Leibniz había imaginado una matriz de puntos de vista que hacían y completaban el universo; Van Vliet, que los puntos de vista de las mónadas son imborrables, son fantasmas de todas las acciones futuras. Hay celdas de espacio-tiempo que almacenan memoria de lugares, intenciones, posiciones en el juego: la historia se acumular en estas celdas, comunicadas a los jugadores mediante atracciones, pensamientos-fantasma, reencarnaciones, llamadas intempestivas de terceros: Transmisiones Yoicas (175).

Para demostrar esta segunda teoría, Ostreech continúa con el argumento de Pabst y Kamtchowsky. Una vez que han acordado el pacto, estos dos adolescentes quedan unidos a Mara y a Andy y pasan de ser presas a predadores a través de la unión sexual de sus cuerpos. Del mismo modo que la “bestia y la doncella” se unen para pactar la paz, Andy y Mara —que se encuentran en una posición social privilegiada— les ofrecen compartir experiencias sexuales con el objetivo de que Pabst y Kamtchowsky pasen a un estatus mejor posicionado dentro de la jerarquía social adolescente, a cambio de estos les aporten su conocimiento tecnológico. Afirma Van Vliet: “Antes de la historia de la técnica y del arma, yace la prehistoria silenciada de los pactos sanguíneos entre hombre y bestias. El pacto presa-predador sella la primera estrategia de guerra: la primera teoría de la guerra son las nupcias entre bestias y doncellas” (177). Por lo tanto, antes de que Pabst y Kamtchowsky les faciliten sus dotes tecnológicas como arma de revolución, han de pactar con el enemigo, que pasa de ser la “bestia” de la que huir y contra la que combatir al aliado con el que estallar una revolución. Argumenta Ostreech: “Trivialmente, desde el punto de vista gramatical, nada separa a un hombre de convertirse sintácticamente en una bestia; [...] depende de su lugar sintáctico para saber de qué lado matar, a qué bestia herir” (212). De este modo, cualquiera puede ser considerado bestia: es así como los dos nerds adolescentes pasan a definir sintácticamente a su nuevo enemigo, tras haber pactado con la antigua bestia.

La tecnología es un arma con la que atacar al enemigo y, Pabst y Kamtchowsky, nerds concedores de las nuevas tecnologías, eligen Google Earth como la mejor arma de destrucción. Pretenden hackear el Google Earth para transformar el mapa de Buenos Aires en un cúmulo de imágenes históricas que sustituyan y se mixturen con imágenes del presente, de manera que no pueda identificarse *de qué* ni *de cuándo* se constituye Buenos Aires. La intención de los cuatro adolescente es la de desestabilizar el poder del Estado y tomar el control del mapa de Buenos Aires y, más tarde, el de toda Argentina; el de Rosa Ostreech, sin embargo, es narrar la revolución tecnológica para demostrar la segunda parte de su teoría de



una manera práctica y poniendo fin a su novela: “La yuxtaposición de los tiempos definía una sintaxis espacializada” (272). Y añade más adelante:

Hechos, detalles, arquitectura, catástrofe y caos, volvían a escribirse en la historia espacial de consecuencias; esta historia no era un archivo, tampoco una memoria, sino anales visuales, testigos de cierto estadio de la crónica, que es la acumulación de relatos, carentes de hilación y jerarquía, y no es propiamente historia: este dispositivos, por una parte, parecía reclamar la libertad de una anarquía de relatos, pero al mismo tiempo daba cuenta de un estado de cosas: la carencia de historia como fenómeno estudiable del que se pueden esclarecer causas y efectos, de modo de poder cambiar y mejorar (272-273).

### **Rosa Ostreech: Pola Oloixarac**

Por encima de demostrar la teoría de las Transmisiones Yoicas, cabe destacar un objeto narrativo que vendría a unir las figuras de Rosa Ostreech y la de la propia autora, Pola Oloixarac. Los relatos mediante los que Ostreech formula sus teorías — desde el asesinato del escritor, la ridiculización de una militante desaparecida de los 70, la oportunidad de una adolescente violada en el baño de hacerse estrella del porno y el retrato del síndrome de Down que pretende obtener ventajas a costa de la piedad social — tienen como finalidad, reproducimos las palabras de Erika Martínez, “la abolición de la víctima como institución, consecuencia esta última de la banalización del proceso de revisión histórica emprendido por el kirchnerismo” (66).

Esta postura vendría a coincidir con la crítica que Drucaroff realiza a Beatriz Sarlo sobre su concepción de una novela situada en la “posthistoria” (Drucaroff, 2016), y teoriza sobre una Nueva Narrativa Argentina afectada por los traumas de la dictadura, una narrativa de postdictadura, compuesta por dos generaciones de autores nacidos a partir de los 60 y a los que Drucaroff viene a denominar Prisioneros de la Torre. Los describe así:

Las generaciones de la postdictadura cargan con la angustia y con la lucidez de que estar arriba de la torre es estar presos, y desde esa angustia y esa lucidez escriben. Porque además de experimentar intensamente su condición de reclusos, perciben que sus pies se afirman en huesos NN y en hombros de sobrevivientes de la militancia, que por su parte tienden a mantener con su pasado un vínculo demasiado conflictivo: no consiguen examinar abiertamente su lucha, sus errores, sus aciertos, sus viejas certezas, no logran criticarse y valorarse sin tapujos ni eufemismos, ofrecerse con sinceridad a la crítica implacable de los que nacieron después (36).

Como ejemplo de esta nueva narrativa influida por traumas de la historia y, por tanto no “posthistórica”, sitúa a nuestra autora: “Los lectores que obtuvo *Las teorías salvajes*, de Pola Oloixarac, son otra muestra de que la presunción de Sarlo en 2006 es completamente errada: el vínculo entre la NNA y el pasado reciente está al rojo vivo” (218).

Con el hackeo del Google Earth y la desarticulación del mapa-memoria de Buenos Aires la novela no solo pretende una nueva provocación a la izquierda, sino también la deconstrucción de una historia-memoria construida en términos espaciales, para construir una nueva historia en base a una “acumulación de relatos carentes de hilación (sic) y jerarquía” (247). Este es el objetivo último que une las dos caras de una sola moneda: Pola Oloixarac autora —que llega a manifestarse ficcionalmente como personaje— y su alter ego, Rosa Ostreech. Ambas coinciden en la fiesta de inauguración de la transformación del mapa porteño. Narra Ostreech: “me mantuve de costado un rato, tomando Fanta; después intercambié una venia amigable con Pola (en la facultad algunos nos confunden, lo cual es absurdo porque yo soy mucho más alta y además Pola usa anteojos)” (269). Pola Oloixarac, autora de la novela, sitúa a su yo ficcional junto a la narradora ficcional, también autora ficcional de la novela ficcional: Ostreech y Oloixarac coinciden ficcionalmente como autoras de una misma novela, que se representa materialmente con el libro, nexo material de la unión ficcional. Cabe recordar aquí la cita que daba comienzo al presente artículo: “La ficción retroalimenta la ficción, autogestiva, autoconsciente, englobando todo lo que está fuera”.

Oloixarac y Ostreech pertenecen a un mismo tiempo y ambas persiguen el mismo objetivo: por un lado, Ostreech pretende demostrar de una manera práctica la teoría de las Transmisiones Yoicas de Van Vliet y, por otro, el mismo objetivo de Pola Oloixarac, narrar una guerra de largo alcance contra el poder opresor: ambas son autoras conscientes de la publicación de su obra, aunque Ostreech se dirija principalmente a su profesor Augusto García Roxler, hay pies de página que muestran su plena conciencia sobre la posible recepción que pueda tener su obra. Esta, al igual que Oloixarac, lleva a cabo un deporte de la provocación: pretende acabar con la víctima y con el lector de izquierdas. Para ello, en algún momento de la novela se muestran las cartas de la tía Vivi, tía de Kamtchowsky y militante desaparecida de los 70. Ostreech elige las cartas que más le interesan para mostrar la inercia de guerra de una militante que se deja llevar por unos ideales que ni ella misma es capaz de definir y que les conducen, tanto a ella como a sus compañeros de militancia, a un modo de vida tan grotesco que puede parecer caricaturesco. Estas cartas son base argumentativa para entender el hackeo de Buenos Aires: Kamtchowsky lee las cartas de tía Vivi y se la imagina irreal, desaparecida, no hay nada que hoy día le demuestre fácticamente que aquello existió. Con la superposición de imágenes históricas de la ciudad de Buenos Aires (que después se irá extendiendo a otras zonas de Argentina) se pretende recordar la sangre de militantes, pero también la sangre de los que no fueron militantes y lo que fue Argentina antes de esos 30.000 desaparecidos, recordar que hubo una peste amarilla en 1871, la Isla Marciel incendiada durante los carnavales de 1905, la Plaza de Mayo destrozada por un huracán, el Mundial del '86. Más allá de la dictadura y la postdictadura, la reconstrucción caótica y confusa de una memoria caótica — en base a una historia caótica— y una identidad que se sustenta en esa misma memoria.



Es por esto que Drucaroff la pone como ejemplo de prisionera de la torre. Dice de ella:

Con sus defectos y sus virtudes, la novela de Oloixarac marca un hito: por primera vez nuestra literatura logra hablar del pasado reciente en términos que no pertenecen a ninguno de los discursos codificados: ni el que ganó cierta hegemonía a partir del kirchnerismo, ni el que manejaron antes muchas organizaciones de derechos humanos (las víctimas inocentes), ni el de los nostálgicos de la dictadura que reivindican el genocidio perpetrado por las Fuerzas Armadas (199).

### **Identidad y espacio**

Si por algo se define esta novela es por el caos narrativo que obedece a esa misma deconstrucción espacial y semiótica de la que hablamos, y en ese caos encontramos una emulsión de teorías y nombres de filósofos que van desde Althusser, Freud, Montesquieu o Leibniz, hasta la cultura masmediática que conforma la identidad divergente y compleja de cualquier adolescente porteño de clase media.

De entre todas las hipersignificaciones que podría adquirir esta novela, y en consonancia con la teoría de Elsa Drucaroff que tomamos de base interpretativa, caben destacar dos aspectos que dotan de sentido a la novela: la identidad y el espacio. Drucaroff habla de una Nueva Narrativa Argentina marcada por la dictadura, pero también de la identidad y el cuerpo como dos de los principales temas que marcan esta nueva narrativa: tras la decepción de las mentiras que maquillaba la semiótica a través de los medios de comunicación —TV, radio, prensa—, ahora lo único que les queda a los jóvenes de la nueva narrativa argentina es la certeza del cuerpo. Afirma Drucaroff:

Si el signo solo parece servir cuando es arma para engaño, continuidad de la injusticia e hipnosis sobre los oprimidos, si lo que se ve desde arriba de la torre es desesperanza hiperpoblada de signos que no remiten a verdad alguna, lo único que queda es el propio cuerpo, ésa es la certeza con la que se puede contar y lo único que puede refutar, resistir la desazón (446).

El cuerpo es el medio para buscar la identidad individual. Así es como los protagonistas de estas novelas se engarzan en una búsqueda desesperada de sí mismos mediante la manipulación de su propio cuerpo o la manipulación con respecto al otro. Así es como masturbación, sexo y drogas inundan las páginas de estas nueva novela argentina, otras veces asistimos a cambios de género como en las novelas de Cabezón Cámara o Naty Menstrual, al asesinato de la propia genealogía con Carlos Busqued o a la confusión de identidades en *Opendoor*. Se llega a afirmar en *Muerta de Hambre* de García Lao:

La memoria no existe, murió en el '70 en estado de ebriedad. Paradójicamente, lo único que tengo es un pasado apócrifo. [...] Observa-

rán también el uso indiscriminado de tiempos pretéritos o presentes: así he vivido, sin poder distinguir delante de atrás.  
Organíceme a su gusto (16).

Vemos como *Las teorías salvajes* no es la única novela que hace mención a esa deconstrucción histórica en la que el pasado y el futuro se mezclan con el presente, así como tampoco es la única en la que se coloca al cuerpo como principal elemento de conformación identitaria. No es baladí que en *Las teorías salvajes* el pacto se haga mediante la seducción del cuerpo, mediante el sexo, o que los ritos de paso utilicen la masturbación y los fluidos orgánicos —sangre, vómito, esperma— como instrumentos de constitución de una identidad: para cambiar de jerarquía social como es el caso de Pabst y Kamtchowsky o para pasar de niños a adultos en el caso de las tribus aborígenes que describe Van Vliet. Tampoco es casual que en el capítulo en el que se muestra a la pequeña Kamtchowsky, se la presente en una clase de Educación Cívica y Sexual en la que se asocia “el concepto de «cuerpo» al de «comunicación»” (26), a modo de introducción de las teorías que van a ser desarrolladas a lo largo de la novela.

Drucaroff habla de una generación de posdictadura a la que denomina, como ya hemos dicho, Prisioneros de la Torre, que rastrean bajo sus cimientos (que son sus propios muertos) la memoria que defina su propia identidad. Y en ese ritual de paso por el que deben pasar para construirse a sí mismos, el cuerpo se convierte en un elemento esencial. El cuerpo es el espacio de la identidad y, por tanto, la mayor manifestación física de la existencia.

Ya hemos mencionado que, en un momento dado, Van Vliet afirma que el habla no es más que “un capítulo de la masticación de la carne” (173). La masticación de la carne es uno de los capítulos fundamentales en la historia de la humanidad: comer carne define nuestra identidad del mismo modo que aprender a hablar. Drucaroff reflexiona sobre dos manchas temáticas aparentemente contradictorias en la narrativa de posdictadura que, sin embargo, deben pensarse juntas: “que nada existe fuera del lenguaje y que, no obstante, nuestro cuerpo es lo único de lo que podemos estar seguros”. Esto mismo podemos verlo en *Las teorías salvajes*, la búsqueda de la identidad mediante la manipulación de los espacios físicos: la manipulación sexual del cuerpo y la manipulación cartográfica (y, por tanto, semiótica) de Buenos Aires. El medio es el espacio —cuerpo y cartografía— y el arma es la semiótica: sólo a partir de estos dos elementos será posible llevar a cabo la guerra que permita la (de)construcción de la propia identidad.

## **Conclusión**

*Las teorías salvajes* desarrollan, por lo tanto, una política de guerra basada en la seducción y la destrucción cuyo objetivo final es la construcción de la identidad humana (y la memoria como base de esa identidad). Esa política de guerra versa en la seducción como pacto de supervivencia, como arma de subyugación física del enemigo. Van Vliet decía que “la penetración de la carne enemiga es condición para la penetración de la carne

amiga” (176); con el hackeo del Google Earth ha habido una penetración en la carne, en la materia, en el espacio físico de Buenos Aires, ha habido una destrucción de la memoria mantenida en el espacio del presente, y se ha creado una identidad mediante la construcción de una nueva memoria basada en una anarquía espacio-temporal, a modo de destruir los pilares que sostienen a los Prisioneros de la Torre. La intención de estos jóvenes era la de derribar la torre y formar parte del caos espacio temporal, pretender que su identidad sea una anarquía espacio-temporal y su labor no sea la de aplastar “huesos NN o militantes desaparecidos” (como mencioné anteriormente con respecto a la cita de Drucaroff), sino la de aplastarlos y ser aplastados por ellos en la destrucción aleatoria de una torre que es alegoría de la historia argentina: las nuevas generaciones de jóvenes argentinos no son el resultado de una memoria, ellos son la única memoria y la única historia, y la mayor manifestación de ello es su propio cuerpo.

## **Bibliografía**

Gallego Cuiñas, Ana (2012). *Entre la Argentina y España. El espacio transatlántico de la narrativa actual*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.

Corominas i Julián. Diálogo con Pola Oloixarac. *Culturamás*. marzo 2010, consultado en: <http://www.culturamas.es/blog/2010/03/28/dialogo-con-pola-oloixarac/>

Oloixarac, Pola (2008). *Las teorías salvajes*. Buenos Aires: Entropía.

Drucaroff, Elsa (2011). *Los prisioneros de la torre: política, relatos y jóvenes en la postdictadura*. Buenos Aires: Emecé.

García Lao, Fernanda (2005). *Muerta de hambre*. Buenos Aires: El cuenco de plata.